



#### REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. V.

DIRECTORA.  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 8 de Agosto de 1875.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

#### SUMARIO.

**Estudios sobre el hombre**, por Fernan Caballero.  
—¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—  
**Al Sr. D. J. N.**, en la muerte de su hijo, poesía, por D. Tomás Rodríguez Rubí.—**El palacio de Montsabrey**, novela.—**Seccion infantil**, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**.

#### ESTUDIOS SOBRE EL HOMBRE.

Sentadas alrededor de una mesa de braserío, al calorífero más agradable, más cómodo y más sociable de cuantos se han inventado, estaban reunidas una noche del pasado invierno varias amigas. Algunas hacían labor, otras miraban estampas y fotografías.

—Bien pudieras, —dijo una de ellas á la dueña de la casa, —leernos algo para entretenernos é impedirnos el oír el monótono sonsonete de la lluvia.

—Con mucho gusto lo haré, Clara, —contestó la interpelada; y cogiendo una

Revista leyó el título de uno de los artículos que decía: *La mujer*.

—No, no; —exclamaron todas, —este tema está ya empalagoso; busca otra cosa.

La interpelada soltó la revista y desplegó un periódico. Leyó unas cuantas gacetillas y llegó á una que anunciaba: *Estudios sobre la mujer*.

—¡Otra! —exclamó Clara, que era una hermosa señora joven, con mucho talento y mucho chiste andaluz. —Dos traían ayer los diarios que recibimos en casa. Decididamente estos estudios van á absorber todo el tiempo y atencion de los jóvenes; los catedráticos de la Universidad los deben prohibir; pero, añadió, lee, lee, veamos nuestra *vera efigie* salida de esos estudios.

La señora que conservaba el periódico en la mano, leyó lo que sigue:

—«Estudios sobre la mujer.—La mujer es un compuesto de serpiente, de mona, de gata y de araña. —Como araña teje su *coquetería* las redes en que nos prende; como serpiente muda de piel, ya para tomar la de oveja para atraernos, ya la del erizo para



desesperarnos; como la mona hace monadas, y como el gato araña.»

—¡Qué cosa más bella, más profunda y más chistosa!— exclamó Clara.—¡No hay duda, los estudios han sido aprovechados! De la cabeza de Júpiter dicen que salió una Minerva; pero de la de este jóven estudioso ha salido un Salomon con todo su gran séquito de mujeres.

—Estos *estudios*,—opinó la dueña de la casa,—son una imitacion é importacion de Francia, por lo cual no nos pintan como á españolas, sino como á *francesas de novelas*, pues de estas sacan los datos para sus estudios.—Aquí las mujeres no se prestan á que se devane nadie los sesos para estudiarlas. En nuestro país, al salir las jóvenes al mundo ó al entrar en la sociedad, con una emancipacion y decision que es de sentir, pero con un desinterés y buena fe que es de celebrar, se comprometen con el jóven por el que sienten decidida inclinacion. Si este jóven no desagrade á sus padres, lo que no suele suceder á menudo (puesto que hasta el dia no han tenido los padres ambiciosos pretensiones en la eleccion de sus yernos y han preferido la felicidad á la riqueza para sus hijas), consienten estas relaciones, que entonces se consolidan, concediendo las madres quizás demasiada franqueza y exclusivismo en las demostraciones del mútuo interés y preferencia á los amantes. Mas en compensacion, esta exclusiva indulgencia evita el que ya con esquelas, y ya con otros amaños burlen los novios la vigilancia materna, lo que es lo más infame (no retiro la voz, la dejo en toda su crudeza) que puede hacer una hija, pues que engañar á una madre encierra en sí todas las faltas. Falta de religion, pues quien los engaña no honra á sus padres;—lo es de corazon, pues su mayor falta es la ingratitud;—lo es de carácter, pues su más odiosa falta es la falsedad;—lo es de educacion, pues no hay cosa más grosera, gansa y anticulta que esos engaños de camarera de teatro; y por último, es falta de dignidad esa bellísima salvaguardia moral, que para mantenerse en su puesto elevado, otorgó Dios á la mujer al negarle la fuerza y energía que dió al hombre.

Despues de casada la jóven, hay, á lo menos en provincia, la costumbre de comer el pan de la boda...

—¡Pan de la boda!—exclamó su hermosa amiga,—¿qué has dicho? ¿qué gansería! En las bodas no se come ya pan; se come

miel como en los países más civilizados ó más golosos, y se dice *la luna de miel*.

—Bien está,—repuso la dueña de la casa;—sea miel, aunque me gusta más el decir pan, porque es más sencillo, más sólido y tiene el privilegio de no cansar nunca. La novia, pues, pasa ese tiempo en arreglar su casa, lucir sus galas de novia, recibir y devolver las visitas hasta que se siente madre. Entonces por lo regular se acabó el mundo para ella, y hasta su vida, pues solo vive con la de sus hijos; los cria á sus pechos, los cuida, los asiste, los educa, si bien no á la perfeccion, inculcándoles santos principios de religion y de moral. Suele exagerar su bella mision de madre, ya con demasiado olvido de su propia persona, sometiéndose á los caprichos de impertinentes exigencias de sus hijos, ya con demasiados mimos. Este y no otro es, con pocas excepciones, el tipo de la mujer española, que sin muchos estudios puede conocer el hombre, porque está bastante patente ante sus ojos.

—Has dicho,—repuso la hermosa señora á su amiga,—una verdad de Pero Grullo; y cuenta que no es mi ánimo, al calificar así tu aserto, rebajarlo, sino encumbrarlo, porque hoy dia una verdad sencilla dictada por la evidencia y el buen sentido, es una estrella en la noche; una verdad de Pero Grullo, es cosa que por su antigüedad y rareza vale hoy más que una momia de Egipto, que un mosaico de Pompeya, que un zócalo de Ninive, que las coronas de Guadamur.

—Pero estas verdades no las comprarían á peso de oro los franceses como aquellas,—repuso riendo su amiga.

—Por mí,—prosiguió la hermosa señora jóven,—si supiese escribir y tuviese tiempo, el que siempre, como no ignoras, me falta para mis quehaceres, habia de escribir unos *Estudios sobre el hombre*, que serian algo más exactos que los de ellos sobre la mujer.

—¿Y qué dirias?—preguntó su amiga sonriendo.

—¿Qué diria? Empezaria por declarar que las Santas escrituras habian cometido un grande error.

—¡Clara! por Dios no digas eso, que hasta dicho en broma es una irreverencia;—observó una señora timorata.

—Es que lo digo en broma,—prosiguió Clara;—la Biblia no tiene fe de erratas, que si la tuviese, en ella estaria consignada la errata á que aludo.



—Mujer, por Dios! qué estás diciendo?

—La verdad. Dice el Génesis, que después que Dios crió al hombre, lo durmió y sacó una de sus costillas, con la cual hizo á la mujer; pues bien, la equivocación está en haber puesto *costilla* en lugar de poner *corazon*, pues el corazon fué el que le sacó el Señor, para hacer con él á la mujer que es todo corazon, y el hombre se quedó sin ninguno. Le quedó un agujero que se llenó de gas, al cual las pasiones prenden fuego; el gas que más predomina en aquella cavidad es el que más arde. Ahí tienen ustedes en pocas palabras la fisiología del hombre. Resultado: cuando por ambición no se van á la guerra á matar hombres, se van por diversión al campo á matar animales, ó á las plazas de toros á verlos matar. Son verdugos, son carniceros, son escritores para zaherirse y periodistas para combatirse, son atroces, son crueles.

—Tú también lo estás con esos señores de la Creación, Clara,—dijo la dueña de la casa;—cualquiera al oírte pensaría que te ha hecho alguno de ellos desgraciada, y eres la mujer más feliz del mundo.

—Eso es punto aparte, repuso la joven señora.—Hablo en general y contesto á esos malévolos ataques que de continuo nos asestan. No era así en otros tiempos, pues dice mi madre que los hombres eran finos y galantes y que decían que existían *corrientes eléctricas*, que sin que mediasen amores ni malas pasiones, atraían al sexo fuerte hácia su bella y débil mitad; pero ya vemos que desde que se han inventado los telégrafos eléctricos, toda la electricidad la absorben ellos. Desde entonces y desde que no cultivan nuestro trato, se han vuelto fieros, puercos-espines, cuyas puas son cigarros encendidos en la tea de la discordia.

—¿Incluso tu marido?

—No, ese forma la excepción de la regla.

—Pues, Clara, cada cual dice lo mismo del suyo y hasta en eso le llevamos la ventaja; por más que intentes formar una cruzada femenina contra estos *infieles* no lo lograrás, y sucederá siempre lo que sucedió en la ciudad de Weinsberg.

—¿Y qué fué? Cuéntalo, pues por mí no he oído mentar á esa ciudad de nombre tan atravesado.

Esa ciudad cuyo nombre significa *Monte de los viñedos*, fué asediada por el emperador Conrado III, por los años de 1100 y tantos, é hizo tal resistencia que, exasperado el emperador, mandó que entrasen sus

tropas al asalto, y sin perdonar á ninguno de sus moradores. Entonces las señoras más bellas y principales de la ciudad se unieron para ir á implorar la clemencia del emperador: mas este, que como hemos dicho estaba muy exasperado, no quiso atender á sus ruegos, y únicamente concedió el que saliesen las mujeres antes del asalto, llevándose sus alhajas de más valor.

Las pobres señoras se volvieron desconsoladas. A la mañana siguiente se abrieron las puertas de la ciudad; se hizo calle en el campo de los sitiadores para dejar paso á las agraciadas cargadas con sus alhajas de más valor. Entonces aparecieron todas, llevando cada cual sobre sus hombros á su marido; esta tierna estratagema conmovió á Conrado, que perdonó á todos. Clara, ¿hubieras tú llevado sobre tus hombros al tuyo?

—Aunque me hubiese aplastado, pues sabes que es alto y grueso.

—Pues entonces, paz, paz, señores contrincantes, que me pareéis dos manos de un mismo cuerpo arañándose. Dios nos creó unos y otros para amarnos y formar la *familia*, para la que tan santas leyes de respeto (1), de amor (2) y de fidelidad (3) instituyó; pero no para que nos combatiésemos. Considere la mujer al hombre, aunque en su juventud sea una cabeza de chorlito, como lo que andando el tiempo será, esto es, una cabeza de casa, sobre la que pesarán los destinos de su compañera y de su descendencia; y tengan presente los hombres que, cual en Weinsberg, tendrá en todas las desgracias y males de la vida los hombros de una mujer querida en que apoyarse.

FERNAN CABALLERO.

## ISOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuación.)

Aquella mujer miró con asombro á D. Martín, y pensó que algún lazo le unía con la pobre Consuelo, según la alteración y el pesar que veía escrito en su semblante.

El anciano guardó con rapidez la carta de su

(1) Honrar padre y madre.

(2) Todo lo abandonarás por seguir á tu marido.

(3) No codicies la mujer ajena.



hija en uno de sus bolsillos, y dirigiendo la palabra á la portera,

—V., la dijo, creo que estimaba mucho á la pobre señora que habitaba aquí, ¿no es cierto?

—Señor, la quería con toda mi alma.

—Pues bien, en pago de ese afecto, quiero que conserve V. todo cuanto hay en esta habitación.

—¿Todo? preguntó admirada la señora Teresa, para quien era una fortuna la posesión de aquellos pobres enseres.

—Con pocas excepciones, respondió su interlocutor. Elena debe conservar este piano, y yo quiero tener este crucifijo. Lo demás la pertenece á V. desde ahora.

—Ay! Jesús! yo se lo agradezco á V. mucho; voy á alhajar mi casa como un palacio: sillas, mesas y una cama... porque esta me la da V., ¿es verdad?

—Sí, todo, lo repito. ¡Ah! espere V., también quiero para mí ese libro de oraciones y ese rosario que están al pie del crucifijo.

La portera se apresuró á entregar á D. Martin los objetos pedidos, mientras repasaba con una mirada avara cuanto encerraba la pobre habitación.

—Solo exijo de V., añadió el anciano, que vaya á buscar dos hombres que trasladen el piano á mi casa, donde ya se encuentra Elena; y ese cofre que sin duda contiene las ropas de su madre.

—Sí, eso debe ser; aunque la pobre señorita vestía bien humildemente. Siempre su traje negro y nada más: y eso que era joven, y muy linda por cierto.

D. Martin hizo una seña, y la portera, comprendiéndola bien,

—Voy, dijo, voy al punto, mi marido se encargará de traer dos mozos que hagan la mudanza en un santiamén. Cabalmente yo no deseo sino complacer á V.

Aquella mujer salió con más ligereza de la que podía esperarse á sus años, y antes de un cuarto de hora volvía á subir diciendo que todo estaba pronto.

D. Martin pagó los días que se debían de alquilar, guardó en su bolsillo las llaves del cofre, y después de indicar las señas de su casa, se dirigió á esta, donde ya le esperaba impaciente Elena.

### III.

La huerfanita se arrojó en sus brazos al verle aparecer.

Aquella niña, tierna flor que ya no tenía apoyo alguno sobre la tierra, se enlazaba al

viejo tronco que podía prestarla abrigo en las tormentas de la vida.

Además, una simpatía irresistible la ligaba á aquel anciano, y aunque hacia pocas horas que le conocía, le amaba ya como si le tratase por espacio de muchos años.

Es cierto que le había hallado en su camino en unas circunstancias harto dolorosas, recibiendo de su mano solo beneficios y consuelos, y Elena, aunque niña, tenía un alma agradecida y un instinto bueno y amante.

—¿Cuánto ha tardado V.! le dijo sentándose sobre sus rodillas y acariciándole tiernamente. Ya se me figuraba que no iba á volverle á ver.

—¿Por qué, hija mía? preguntó D. Martin pagando á su vez aquellas cariñosas manifestaciones.

—Porque desde que se ha muerto mi madre, tengo miedo de perder á todo el que me ama; tengo miedo de quedarme sola otra vez!

—Dios no querrá, niña, Dios no lo querrá!

—Luego, ¿tenía una gana de que viniese V.!

—De que viniese? y para qué?

—Oh! para hacerle una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Conocía V. á mi madre?

—Yo...

—Sí, V. debía haberla visto.

—De qué lo infieres?

—Cuando aquellos hombres, cuyo recuerdo me hace estremecer todavía, preguntaron qué nombre se iba á poner sobre su losa, V. les dijo sin vacilar el suyo, y no solo eso, sino la edad que contaba. Luego...

—Sigue: ¿aun hay más? le preguntó el señor de Castro viéndola titubear.

—Es que...

—¿Qué? acaba.

—Temo que se enfade V. conmigo ó que me llame curiosa, pero no lo haré otra vez, yo se lo aseguro; no volveré á destapar ningún cuadro.

D. Martin se estremeció: miró el crespon que cubría el retrato de Consuelo, caído por una punta, y exclamó á media voz:

—¡Oh! ¡debi haberlo previsto! Eso era lógico tratándose de una niña.

—¿Me perdona V., es verdad? dijo tímidamente Elena.

—Sí, hija mía.

—¿Y me dirá V. por qué está aquí ese retrato?

—Porque... porque...

—Ya escucho.

El anciano vaciló algún tiempo, y dijo después:

—Ese retrato ha venido á mi poder de ma-



nos de una persona que amaba mucho á tu madre.

—¿Y era...?

—Un anciano... un anciano como yo.

—Tal vez sería el abuelito Martín, por quien ella me había enseñado á rogar todos los días.

El señor de Castro guardó silencio porque la emoción no le permitía hablar.

Elena continuó:

—¡Oh! si sabe V. donde está, lléveme V. á su lado. Mi madre le amaba y lloraba mucho por él. Todas las noches me hacía bendecir su nombre, y derramando lágrimas me decía: «Si alguna vez nos perdona, entre las dos á fuerza de cariño le haremos olvidar el pasado: y si yo muero y él te abre sus brazos, dile que te he enseñado á amarle, y así quizá bendecirá mi recuerdo.»

—Te decía eso!

—Á cada momento! Otras veces escribía en un legajo de papeles que guardaba en el fondo del cofre, y solía exclamar: «Elena mía, cuando tengas quince años leerás tú estos renglones y verás cuán grande es el castigo que Dios impone á las hijas que desobedecen á sus padres, y que atraen sobre sí su enojo y su maldición.»

—¡Oh! yo no la maldecí nunca! gritó D. Martín sin poder dominarse en medio de tan encontrados sentimientos.

—Luego V. era su padre? Luego V. es á quien ella me encargaba tanto amar! ¡ay! sí, bien me decía mi corazón que debía quererle mucho.

La niña se arrojó de nuevo en los brazos del señor de Castro, y los dos así unidos confundieron sus lágrimas.

Pasados algunos momentos, Elena enjugó con su pañuelo el llanto de aquel anciano, y murmuró casi á su oído:

—Yo le amaré á V. mucho, mucho, y ¡los dos rezaremos por ella, ¿es cierto?

—Sí, hija mía; y si desde el cielo nos ve, su espíritu reposará en paz y sonreirá al ver que la Providencia te ha puesto en mis brazos.

—Señor, dijo Águeda tocando suavemente á la puerta, ahí hay unos hombres que traen...

—Sí, ya sé lo que es; un piano que hará V. colocar en el gabinete y un cofre que mandará traer aquí.

Las órdenes de D. Martín fueron ejecutadas.

Cuando el cofre estuvo en su cuarto sacó una llave de su bolsillo y le abrió, encontrando en su fondo un legajo de papeles en cuya primera hoja se leían estas palabras: «Para mi hija cuando tenga quince años.»

El anciano besó aquellos papeles, los vol-

vió á colocar en su lugar, cerró de nuevo aquel cofre, y poniendo la llave en un armario,

—Consuelo! exclamó: tu voluntad será cumplida. Elena leerá los renglones que has trazado para ella cuando llegue á la edad que has marcado: entre tanto yo guardo esta llave como un depósito sagrado. Tu hija será feliz; pero ¡ay del que ha causado tu desgracia y tu muerte quizá! ¡Ay de él si mis sospechas se realizan!

El señor de Castro procuró calmarse. Salió de la estancia y llamando á Águeda, la dijo señalando á Elena:

—Esta niña, Águeda, es la hija de mi pobre Consuelo, que ya no existe. Desde ahora su presencia alegrará nuestra casa, tan triste hasta aquí. Haga V. de modo que mañana esté vestida de riguroso luto, y que tenga en breve maestros que perfeccionen su educación. Ya sabe V. que no somos ricos, pero es preciso que nada falte para ella: ¡nada! ¡entien- de V.?

La vieja criada miró á Elena con un cariño sin límites. Sin duda sabía todos los secretos de su señor, en cuyo servicio había envejecido, pues solo se la oyó decir, cuando se disponía á cumplir las órdenes de D. Martín:

—Pobre señora! pobre ama mía! ¡qué feliz sería si viese por fin en casa á esta niña!

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AL SR. D. J. N.,

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Escucha de su tránsito la historia:

«Al reino de los astros tendió el vuelo,  
y de astro en astro penetró en el Cielo.»

¿Á qué llorar por él si está en la Gloria?

El Sumo Dios, porque mejor te guarde,  
de su inocencia angelical prendado,  
tocó su frente y le dejó grabado  
el fúlgido lucero de la tarde.

¡Hélo allí por do va!... miralo fijo,  
con atenta mirada, embebecida,  
y encontrarás en él como adormida  
la candorosa imagen de tu hijo.

Es de la tarde el sin igual lucero;  
y con los rayos que ilumina el monte,  
te dice al trasponer el horizonte...

«No llores, soy feliz, aquí te espero.»





Hé aquí del Ángel la sencilla historia; desde el cielo te mira y te sonríe... deja que el Ángel con su luz te guíe; ¡á qué llorar por él si está en la Gloria?

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

## EL PALACIO DE MONTSABREY.

### CONTINUACION.

—Solo una vez, respondió Antoñita, me senté á su lado, porque queria regalarla un ramillete de flores azules que habia recogido en los centenos; pero fijó en mí sus rasgados ojos de un modo tan penetrante, que me levanté y eché á correr, llevándome de la mano á mi hermana.

—¡Pobrecilla!... añadió la huéspeda, jamás ha hecho daño á nadie... Es hermosa como un ángel y apacible como un corderillo... Ahora ya es una señorita, pero aseguran que todavía dura el hechizo, y que desde que está en el mundo jamás ha hablado como cristiana. Nuestro cura ha rezado por ella muchas novenas y encendido gran número de velas á San Mauricio; el doctor Vicente la cuida como si fuese su hija, pero la ciencia y las oraciones nada han conseguido. ¿Creeréis, caballero, que desde hace diez años que vive retirada en nuestras montañas, la señora de Montsabrey no se ha presentado ni una sola vez en la aldea ni aun en la iglesia? Y sin embargo, es piadosa; nuestro párroco va un día á la semana á decir misa en la capilla del palacio. Cuando se habla de Lucila á los criados que vienen por provisiones, no contestan, y dicen con mucha política que nos ocupemos en nuestros negocios. Decidme, caballero, ¿todo esto es acaso natural?

—Además, añadió Antoñita, por la noche se oye allá arriba un ruido extraordinario, música, canto, suspiros, sollozos, un grande grito, y luego todo queda en silencio.

Al llegar aquí, las tres mujeres se miraron con estupor y volvieron á hacer la señal de la cruz.

—De algunos dias á esta parte, prosiguió la dueña de la posada, dicen que la pobre inocente se va extenuando, que se pone pálida y enflaquece de un modo muy notable, y todo el mundo lo siente.

—¡Es tan buena la madre, añadió una de las hijas de la posadera, y hace tanto bien en el país!...

—Los pobres no la ven, pero la bendicen, dijo Antoñita.

—Desde que habita aquí, continuó la huéspeda, ya no hay desgraciados. Es como Dios, á quien no vemos, pero que todos los años hace que maduren nuestros frutos.

El resto de la velada no se trató en el *Águila de Oro* más que del castillo de Montsabrey. El ama, que deseaba siempre hablar, refirió todos los cuentos que habia oído acerca de Lucila, con tanta claridad y exactitud, que cuando concluyó, Federico no sabia más que al principio. Con todo, aquellas confusas revelaciones habian exaltado la imaginación del joven artista. Al día siguiente, en vez de partir como tenia proyectado, Federico declaró que pasaria en San Mauricio los últimos días buenos que todavía quedaban en aquella estacion. No solo obedecía al instinto de la curiosidad; el pálido rostro de Lucila, su esbelto y delgado talle, el aire de padecimiento esparcido por sus facciones, y quizá tambien su hermosura y juventud, habian despertado en él un misterioso interés que no procuraba explicarse y que le hubieran detenido todavía algun tiempo.

### III.

Desde entonces dirigió todas sus escursiones hácia la meseta de la colina. Vió algunas veces á Lucila, y siempre que la encontraba observó mayor palidez en sus mejillas, y que sus miradas tenían algo de más vagaroso. Un día la divisó paseándose con paso lento por la azotea del palacio, apoyada en el brazo de su madre, descubierta y suelto el cabello, seguía con la vista á una bandada de aves viajeras que desfilaban por el encapotado cielo de otoño, y una ligera sonrisa se asomaba á sus descoloridos labios, como si se sintiese tambien preparada para volar á otra patria mejor. Federico volvió á la aldea con la imaginación preocupada por siniestros presentimientos. Desde aquel día en vano dió vueltas alrededor del silencioso edificio, ya no encontró á Lucila. El domingo siguiente el cura recomendaba en la misa las oraciones de los fieles por la señorita de Montsabrey.

Antes de llegar á San Mauricio, á donde le habia conducido la casualidad, Federico ni aun sospechaba la existencia de la familia de Montsabrey; solo habia visto de lejos á Lucila y su madre, y jamás habia oído el sonido de su voz. Entre ellas y el artista de paso no podia establecerse ninguna intimidad; nunca se abrian las puertas del castillo para dejarle libre el paso. Aun suponiendo que Lucila viviese, no seria para ella más que un extranjero, un desconocido. ¿De dónde provenia, pues, que al te-



ner noticia de que la amenazaba un peligro, palideció, y su corazón se oprimió como si se tratase de su hermana? Había hecho de aquella extraña criatura el objeto de todos sus pensamientos, la había mezclado en su vida entera y le parecía que si moría se llevaría consigo alguna parte de ella.

Concluida la misa, Federico fué á buscar al cura, con quien había contraído relaciones íntimas de amistad desde la fiesta de San Mauricio, y procuró interrogarle con discreción acerca de la naturaleza del mal que consumía á la jóven; pero desde las primeras palabras el buen párroco le cerró la boca diciéndole:

—Querido hijo mío, ese es el secreto de Dios.

Federico no insistió, y cuando se preparaba á despedirse entró en el presbiterio el doctor Vicente. Era un anciano de aspecto inteligente y dulce, y de triste y penetrante mirada. Habitaba cerca de San Mauricio, en donde hacía veinte y cinco años cuidaba los cuerpos, como su hermano las almas. Bastaba verle para comprender al punto que no estaba en su lugar en aquella miserable aldea.

—Hermano mío, dijo el párroco presentándole á Federico, he aquí el gallardo jóven que nos ha devuelto la imagen de nuestro patrono.

El doctor Vicente ya había oído hablar de nuestro héroe, de su habilidad, de su excelente corazón y del señalado servicio que había hecho á la parroquia. Le alargó la mano con efusión, y á pesar de la diferencia de sus edades, Federico sintió desde luego cierta inclinación hacia él, por la dulzura de su voz y la sencillez de sus maneras. En menos de una hora, uno y otro se habían ya cobrado afecto. Si Federico reunía en sí todas las gracias de la juventud, el doctor poseía la indulgencia y la bondad, que son las gracias del anciano. Cuando ya se retiraba, el doctor con la mayor familiaridad se asió del brazo de Federico, y ambos salieron conversando como dos amigos.

(Se continuará.)

## SECCION INFANTIL.

### CORONA DE LA INFANCIA.

#### EL VELO BLANCO.

(Continuacion.)

Bajo aquel abrigo inesperado Gabriel sintió que un dulce calor se extendía por sus miembros, que el dolor se calmaba, que el miedo

desaparecía, y que sus sentidos se adormecían con una tranquila soñolencia.

Poco á poco sus ideas se fueron confundiendo, sus ojos se cerraron y se quedó dormido con un suave y apacible sueño.

Entonces el niño desvalido y huérfano, pero bueno para su abuela, compasivo para su ancianidad hasta el punto de sacrificarse por serle útil, soñó que la Virgen María, rodeada de ángeles y acompañada del Niño Jesus, se acercaba á él, le cubría con su manto, besaba su frente, y estrechando sus manecitas heladas, — Ten valor, hijo mío, le decía con una voz tan suave como una música del cielo: ten valor; yo soy la Madre de la Santa Esperanza, que vengo á premiar tu amor á la pobre anciana á quien tanto amas y respetas, y que es tu madre dos veces. El ángel de tu guarda ha batido sus alas y ha llegado hasta el cielo para contarme tu buena acción, y yo he venido á presenciarla y á asegurarte que siempre estoy al lado de los niños buenos, y que serás feliz desde ahora.

Y la hermosísima Señora acariciaba á Gabriel, y sonreía mirándole; y los ángeles le cercaban contemplándole con amor.

Aquel ensueño celestial duró mucho tiempo sin duda, pues cuando el huérfano despertó brillaba la luz de un nuevo día.

El árbol protector había elevado sus ramas de nuevo, y algunos alegres pajarillos escondidos entre sus hojas saludaban con sus cantos la apacible claridad del alba.

Gabriel se levantó, sin explicarse lo que le pasaba. Tomó el haz de leña que aun estaba á su lado, y emprendió su marcha por el espeso monte.

Sin saber por qué su carga le parecía menos pesada y andaba sin trabajo alguno, pareciendo que sus piés no tocaban á la tierra.

Apenas había andado algun tiempo y cuando ya se hallaba en medio del camino real, se detuvo un instante para dejar paso á un magnífico coche de viaje, que marchaba al paso de cuatro poderosas mulas.

Casi estas le hubieran atropellado en su carrera, si una voz fresca y varonil no hubiese gritado desde adentro:

—Ese niño! cuidado con ese niño!

Gabriel alzó sus hermosos ojos y los fijó en el desconocido.

Yo no sé qué habría en la expresión de su mirada: no sé si la Virgen querría empezar á cumplir su promesa; ello es que el viajero reparó en la belleza del huérfano, y compadecido de su desnudez quiso socorrerle y remediar su infortunio. Hizo detener el carruaje y diri-



gió al niño algunas preguntas á las que este contestó con la ingenuidad de los pocos años.

El desconocido reflexionó un breve instante, y despues mandó á Gabriel que le guiase á su casa.

El niño obedeció.

Pocos minutos despues ambos entraban en la miserable cabaña donde la infeliz vieja se hallaba tendida en su pobre jergon.

El viajero se informó de su estado, examinó su pulso y declaró que aquel mal podia tener remedio.

Aquel hombre era un famoso médico, que venia de hacer una cura prodigiosa á un rico señor del pueblo inmediato.

Dios tocó sin duda en su corazon, pues compadecido de aquel infortunio se ofreció á visitar á la anciana, socorriéndoles largamente.

Merced á su ciencia, la pobre baldada recobró la salud; pero en aquellas visitas, el buen doctor tuvo tiempo de conocer cuánto valia el alma de Gabriel, y enamorado de su bondad y de su dulzura no titubeó en tomarle bajo su proteccion.

Gabriel estudió con afan, con el anhelo de ser útil á su abuela y á su protector, y algunos años despues el niño desvalido era un excelente médico, á quien la Virgen Santísima daba su proteccion, bendiciendo todas sus obras y facilitándole el camino de la prosperidad y de la suerte.

Aquel niño no olvidó al llegar á hombre su ensueño profético, y fué siempre un modelo de virtudes, agradeciendo de este modo los beneficios que el cielo le habia otorgado por honrar en la tierra á su madre dos veces.

—Y su abuelita, ¿qué fué de ella?

—Murió muy contenta y sin que nada la faltase.

—Pobrecita!

—No; dichosa mil veces por tener á su lado un niño tan bueno. Porque los hijos virtuosos son la gloria de sus padres y los predilectos de Dios. Ya ves, Luisa mia, si al tratar de purificar tu alma para hacer tu primera comunión, debes arrepentirte de todas las faltas que hayas cometido contra tus padres, los ancianos y tus mayores, si por desgracia has incurrido en alguna. Por fortuna, Dios es tan indulgente que te perdonará si te arrepientes de ellas, y al entrar en tu pecho llenará tu inocente corazon de un puro y profundo amor, y de un santo respeto filial.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## VARIEDADES.

Mr. Powel, uno de los más ricos propietarios de Australia, habia salido á cazar con muchos amigos suyos. A la hora del almuerzo las señoras fueron á reunirse con los cazadores á la orilla del lago Huan, no lejos de una catarata, en uno de los más bellos sitios de Hobart y Town. De pronto se presenta á la vista de los circunstantes una enorme ave de rapiña, que lleva en las garras un objeto cuya forma inspira un horror indecible. Mad. Powel, que miraba al águila asombrada, lanza un grito y cae privada de sentido. Habia reconocido á su hijo, de tres meses, y al cual su nodriza acababa de dejar á unos cien pasos de distancia, en una manta colgada de las ramas de un árbol frondoso. El águila huía con su presa á una montaña dos millas distante. Dos criados negros salieron en persecucion del ave de rapiña, y treparon por la montaña, llegando á la cima despues de esfuerzos sobre-humanos, jadeantes y con las manos ensangrentadas. Allí descubren con sorpresa que el nido del águila se halla en un punto inaccesible; entonces uno de ellos trepa auxiliado por su compañero sobre una roca, y queda como suspendido en el aire, pues no halla donde apoyarse. En este momento supremo el águila se lanza impetuosa sobre él y le hiere á picotazos y con las alas, de modo que se le agotan las fuerzas y está próximo á caer en el precipicio. De repente suena la detonacion de un arma de fuego, y el pájaro enfurecido cae al pié de la montaña. Un cuarto de hora despues de esta escena conmovedora, el niño fué llevado á su casa en un estado horroroso: el águila le habia abierto el cráneo para que sus hijuelos pudieran alimentarse con su cerebro.

El primer siglo de la era cristiana fué llamado siglo de la redencion.

El segundo, siglo de los santos.

El tercero, siglo de los mártires y de los eremitas.

El cuarto, siglo de los padres de la Iglesia.

El quinto, siglo de los bárbaros del Norte.

El sexto, siglo de la jurisprudencia.

El sétimo, siglo del mahometismo.

El octavo, siglo de los sarracenos.

El noveno, siglo de los normandos.

El décimo siglo de la ignorancia.

El undécimo, siglo de las cruzadas.

El duodécimo siglo de las órdenes religiosas.

El décimo-tercio, siglo de los turcos.

El décimo-quinto, siglo de las bellas letras.

El décimo-sétimo, siglo de la marina y el genio.

El décimo-octavo, siglo de los despertamientos de los pueblos.

Y el décimo-nono, siglo de las luces.

En una taberna de París.—Un borracho lee un periódico. «Hay en París, segun un censo nuevo, veinte mil comerciantes de vino.» «El borracho (con desesperacion).—¡No podre jamás conocerlos á todos!

## GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.

Plaza de Ayuntamiento, 45.